

Poco tiempo después de estos sucesos, pasando yo por la cañada de Cerro-Gordo en dirección á la costa, una tarde nublada y triste, se me apareció á mi izquierda, á corta distancia de la carretera, como una sombra fúnebre, el árido y escarpado cerro del Telégrafo, cuyo aspecto me oprimió el alma con la idea de la catástrofe de que había sido teatro. Parecióme un gran túmulo levantado por la naturaleza á las víctimas de la batalla, y en cuya cima aún permanecía tendido el general Vázquez, envuelto en la bandera por él gloriosamente defendida, y que cayó con él, sirviéndole de sudario!

XIX

DESPUES DE CERRO GORDO.

Noticias complementarias de Cerro Gordo.—Ocupación de Jalapa y Perote.—Manifiesto de Scott.—Algo sobre la Doctrina de Monroe.

No conozco otros documentos oficiales nuestros relativos á los sucesos de Cerro-Gordo, que el breve parte de Santa-Anna de 17 de Abril que cité en mi penúltimo capítulo; el que fechó el mismo jefe en Orizaba el 22 del pro-

José Platas, habían muerto el capitán D. José María Villasana y el subteniente D. Manuel Busio de la Cruz,

pio mes; el que Canalizo había dirigido el 18 al gobierno desde la Banderilla, cerca de Jalapa, y el del general Pinzón rendido más de un año después (el 27 de Julio de 1,848) y de que me ocupé algo extensamente al hablar de nuestra derrota.

En el segundo de sus mencionados partes, Santa-Anna se limitó á decir que, habiendo Scott repetido el ataque del 17 en la madrugada del 18 con todas sus fuerzas, compuestas de 12,000 hombres, logró su intento de forzar el paso, tras una lucha de tres horas en que se peleó por ambas partes con valor y desesperación: que por la nuestra se había logrado reunir en Cerro-Gordo, 3,000 infantes permanentes y activos y poco más de 2,000 de la guardia nacional de los Estados de Veracruz y Puebla. "Pero estos últimos, asentaba, aún no sabían bien el manejo del arma, y su inexperiencia nos fué funesta. (154) Se encontraba en aquel campo la división de caballería que puse á las órdenes del señor general D. Valentín Canalizo; pero el terreno no le permitió obrar, y se retiró para Jalapa en los momentos en que comenzó á ceder nuestra infantería." Agregaba no saber qué pérdida tuvo el ejército, porque, cercado él mismo por los soldados de Scott, se halló en inminente peligro y apenas pudo salvarse con seis de sus ayudantes, pernoctando el 18 en la hacienda de

(154) Santa-Anna repitió esta declaración en su "Informe," y el lector recordará lo que acerca de ella dije en mi anterior capítulo.

Tusamapa y llegando el 21 al anochecer, á Orizaba, donde estableció su cuartel general. (155) En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" (pág. 187), se dice que Santa-Anna, en la noche del 20, dirigió, desde Huatusco, un extraordinario al gobierno, con un parte muy vago y "seguramente muy injusto" de la batalla; probablemente contenía las inculpaciones que poco después provocaron algunos de los ataques de que hablé en mi último capítulo; pero, si se publicó tal documento, no le he hallado en los periódicos de aquel tiempo. (156)

(155) Según la narración publicada en los "Apuntes para la Historia de la Guerra," acompañaron al general Santa-Anna los generales, jefes, oficiales y particulares mencionados en alguna de las notas de mi último capítulo. En Tusamapa se les presentaron dos ó tres soldados del 110, llevando la caja de su cuerpo con algún dinero. De la expresada hacienda hubo que salir esa misma noche (el 18) al saberse que se aproximaba una partida enemiga, el 19 atravesaron el río de la Junta y llegaron al rancho del Volador. El 20 llegaron á Huatusco, donde fueron muy bien recibidos y pernoctaron; y el 21, pasando por Coscomatepec, llegaron á Orizaba, cuyos vecinos más notables salieron al encuentro del general presidente.

(156) Entre los militares que atacaron por medio de la prensa á Santa-Anna en aquellos días, se contaban los generales Miñón y López Uruga: el primero criticó las operaciones todas

El general Canalizo Jecía el 18 de Abril, desde la Banderilla, después de hablar de la pérdida del Telégrafo y del desorden que tal suceso causó en nuestras posiciones de la izquierda: "Estaba exceptuada de este desorden la caballería; pero, cortada por una columna enemiga que se interpuso sobre el camino, apoyada del bosque de la izquierda, fué necesario abrimos paso á viva fuerza para no quedar prisioneros, y eso me imposibilitó de reunirme con el Excmo. Sr. presidente general en jefe, y lo mismo á los señores generales ocupados en el sostén de la batería situada frente al cuartel general.... De pronto diré á V. E. que con los pocos restos de la infantería y la caballería que he reunido, de que daré un detalle exacto más adelante, sigo mi marcha, pernoctando esta noche en la Hoya, y seguiré hasta recibir las órdenes del supremo gobierno, por no poder defender ningún punto del tránsito, en razón de que, perdido el total de artillería y todo el material de guerra, no tengo municiones ni para reponer por una vez las de las cartucheras."

La caballería de Canalizo y la brigada Artega, si no se hubieran desmoralizado por completo, con sólo hacer alto en algún punto del camino de Cerro-Gordo á Jalapa habrían bastado para detener durante muchas horas, ó acaso uno ó dos días, á los vencedores en su marcha, puesto que ambas fuerzas formaban

de Santa-Anna, y el segundo se contrajo á los sucesos de Cerro-Gordo.

un total de más de 3,000 hombres. En último caso, habrían podido utilizarse sus servicios en la segunda línea de defensa que principalmente consistió en las fortificaciones de la Hoya, pueblo á cuatro ó cinco leguas más acá de Jalapa, y á cuyas inmediaciones el camino carretero pasa entre dos altos cerros que dominan todo aquel rumbo entapizado de lavas volcánicas, y en los cuales se había situado artillería. Es casi seguro que si Santa-Anna, al retirarse del campo de batalla, logra pasar por los del Lencero á Jalapa en vez de verse obligado á tomar la dirección de Tusamapa desde luego y la de Orizaba en seguida, habría podido detener y reorganizar gran parte de dichas fuerzas, guarneciéndolas con ellas la expresada segunda línea, que hubiera llenado así su objeto, obligando á los invasores á permanecer un par de semanas en Jalapa; tras lo cual, aun en el supuesto de no ser defendida la Hoya á última hora, las tropas mexicanas se hallaran en la posibilidad de retirarse á Perote, encerrándose en su fortaleza y conteniendo de este modo uno ó dos meses más á Scott en su avance sobre Puebla. Pero, faltando la cabeza y cundiendo el pánico de la derrota, nada se hizo en tal sentido. El general Gómez Palomino, jefe de la segunda línea, dirigió á Perote en la mañana del 18 de Abril un extraordinario dando aviso de la catástrofe, y pidiendo cábria y carros para desmontar y trasladar á aquella fortaleza la artillería de los cerros de la Hoya por no tener gente con que defenderlos; y, como se sabía que el ene-

migo avanzaba, las piezas fueron abandonadas antes de la llegada de los carros. Cuando Santa-Anna desde Orizaba, donde ya tenía consigo la brigada de Oaxaca que el general D. Antonio León llevaba á Cerro-Gordo, dictó órdenes para que las fuerzas que se retiraron por Jalapa defendieran la Hoya y la fortaleza de Perote, había sido ya evacuado hasta el segundo de estos puntos.

Suma confianza había inspirado al vecindario de Jalapa, donde seguían residiendo la mayor parte de las familias emigradas de Veracruz, la importancia de los elementos militares reunidos en Cerro-Gordo; y se puede asegurar que hasta mediados de Abril nadie creyó próximo el día de la ocupación de la ciudad por los invasores; pues aunque algunos vecinos no compartieran la patriótica esperanza de la derrota ó retirada de Scott hacia la costa para reembarcarse ó luchar en ella con el vómito durante la estación de su mayor desarrollo, creían, por lo menos, que no podría aquel jefe vencer muy pronto la resistencia que un ejército como el de Santa-Anna le opondría en un trayecto de cinco ó seis leguas en que no faltan posiciones á propósito para cestrar el paso y causar grave daño al enemigo. La tardanza de éste en atacar nuestro campamento causaba impaciencia en la ciudad, y cuando se oyó en ella en la tarde del 17 el lejano cañoneo que anunciaba el combate, la gente se reunió alborozada en grupos, á esperar la noticia del resultado. Súpose al paso del extraordinario dirigido al gobierno y

que trajo allí la orden del inmediato avance de la brigada Arteaga, llegada pocas horas antes á Jalapa.

El 18 aún no se hablaba sino de los escasos permenores de la función de la víspera, cuando á eso de las once de la mañana empezaron á circular rumores de la completa derrota de nuestro ejército, con referencia al comerciante D. Manuel Hidalgo que llegaba del campamento, y á quien la autoridad local, por pronta providencia, arrestó. A las doce, la vista de los primeros dispersos no dejó duda respecto de la catástrofe, y se empezó á notar en las calles el tránsito precipitado de oficiales y soldados de caballería que, como si el enemigo les viniera picando la espalda, huían por el camino de México sin dar descanso á las cabalgaduras ni detenerse á tomar alimento. El general Gómez Palomino salía en litera hacia la Hoya. Las autoridades políticas y judiciales hacían empacar los archivos y se disponían á emigrar. (157) El ayuntamiento se reunió y nombró una comisión de su seno que fuera al encuentro de Scott á pedirle garantías para la ciudad. Dicha comisión, de que formaba parte mi padre, salió á las tres y media de la tarde, en carretela abierta, por no haberse proporcionado otro carruaje, y á tiempo que los infantes dispersos de la brigada

(157) El gobernador D. Juan Soto y los empleados de su secretaría, así como algunos miembros de la Legislatura del Estado, se trasladaron á Huatusco.

Arteaga, ébrios con el aguardiente de los tendajos que habían saqueado en los suburbios invadían las calles dando gritos de furor y disparando sus armas. Algunos de los que venían por el camino, al cruzarse con los comisionados que iban al campo enemigo, los llamaban á grandes voces traidores, les tendían los fusiles y aun llegaron alguna vez á hacerles fuego. La comisión fué bien acogida por el general Patterson en el Lencero, y regresó en la noche, (158) que se pasó sin alumbrado en las calles y resonando en la oscuridad los gritos de los fugitivos de Cerro-Gordo y los golpes que daban en las puertas de tiendas y casas queriendo abrirlas.

A las diez de la mañana del 19, en medio de un silencio que hacía más completo la ausencia de gente en las calles, resonaban pavorosamente en el empedrado los cascos de los frisones del enemigo, cuya caballería fué la primera que entró por la garita de Veracruz, formando en la plaza de Armas y repartiéndose después en diversos cuarteles. Frente á las casas municipales desmontaron los generales Patterson y Twiggs (159) y otros jefes y oficiales,

(158) Patterson asienta que al entrar en Jalapa el 19 le acompañaban los comisionados; mas no cabe duda de que regresaron en la noche del 18.

(159) Según los partes oficiales, Patterson, al avanzar del Lencero á Jalapa, encomendó á Twiggs el mando de la infantería y artillería; pero recuerdo que el expresado Twiggs, dejando seguramente sus fuerzas en el Lencero, llegó

entrando en la sala de cabildos, donde estaba reunido el ayuntamiento, y que algunos vecinos curiosos invadimos. Ocupó Patterson el asiento principal bajo el dosel, y, por medio del intérprete, dijo á los munícipes que el ejército de los Estados Unidos velaría por la seguridad de la población y castigaría severamente, al mismo tiempo, cualquier acto de hostilidad de parte de los habitantes: excitó á la corporación á continuar en el ejercicio de sus atribuciones y deberes; pidió noticias respecto de cuarteles y alojamientos, y dictó ó hizo dictar disposiciones para el abasto de las tropas. Era Patterson hombre como de cincuenta años, no muy alto, afeitado de barba, grave y reposado en su fisonomía y ademanes. Twiggs era grueso y de elevada estatura, con la barba y el cabello largos y blanqueándole brusco en sus movimientos, de carácter impetuoso y resuelto, y usaba el uniforme y la gorra azul de todos los regulares, sin más distintivo de su grado que las abultadas estrellas en las anchas presillas. (160) En el porté de

á Jalapa en unión de Patterson ó pocos momentos después de este jefe.

(160) Twiggs, como casi todos los jefes y oficiales que vinieron con los invasores, era del Sur (del Estado de Georgia). Cuando estalló la guerra civil en 1861, se declaró por los confederados; les entregó todo el material de guerra que había en Galveston, donde él mandaba, y fué declarado traidor por el gobierno de Washington.—(N. del E.)

aquella gente, grave y fría casi toda, no aparecía el orgullo, ni siquiera la satisfacción de la victoria que nuestras razas meridionales no habrían sabido ni querido ocultar. Recuerdo la estrañeza que me causó ver á alguno de los jefes suplir expeditamente con los dedos el uso más vulgar del pañuelo; y que mi irreflexiva sonrisa se heló ante aquella reunión discordante de funcionarios nuestros mudos y abatidos, y de batalladores anglo-sajones triunfantes y poderosos, que daban sus órdenes en lengua extraña y áspera, nunca oída en tal sitio ni por nuestros antepasados ni por nosotros!

La infantería y artillería de Twiggs salidas de Cerro-Gordo en persecución de nuestra gente; la 1.ª división de regulares al mando de Worth que, sin haber tomado parte en la batalla, siguió en marcha el 18, y el resto de las fuerzas que había quedado levantando el campo, fueron llegando á Jalapa en el curso de la semana. Scott fechó allí su segundo parte el 23 de Abril, y desde antes había hecho avanzar á Worth hacia Perote. No conocí sino meses después al general en jefe enemigo, especie de corpulento león de piedra, con el rostro picado de viruelas, de fisonomía tranquila y vulgar, y que en su traje y porte no se distinguía de los demás jefes. Fueron traídos á Jalapa los heridos nuestros y norte-americanos de Cerro-Gordo, que eran numerosísimos y, además de llenar los hospitales, ocuparon algunas casas, causando probablemente su aglomeración y el consiguiente desaseo, una terrible

epidemia de disenteria que afligió á la población por espacio de varios meses. (161) La oficialidad enemiga ocupó edificios públicos y casas de particulares vacías, sin exigir alojamiento en las habitadas: el pan, la carne y demás víveres eran largamente pagados á los abastecedores y vendedores; y no se dieron en los primeros días casos de violencia de parte de la tropa, no obstante el abuso de las bebidas embriagantes, cuyo expendio se trató en vano de limitar, y las burlas y los desmanes de nuestro pueblo que abusaba del carácter confiado y bonachón de los invasores, hasta despojándolos á veces de sus armas. Diríase que el clima benigno y el risueño y magnífico aspecto de aquel edén nuestro que calma las pasiones violentas, enerva toda actividad física y predispone el ánimo á la quietud y á la benevolencia, habían amansado á los hombres del Norte tras las fatigas y emociones de la marcha y de los combates en otra zona árida y ardiente. La verdad es que tal actitud entraba en los planes del enemigo para adormecer el espíritu de hostilidad de nuestras poblaciones del Oriente y del centro, y que el reverso de la medalla apareció después para Jalapa, como para los demás puntos caídos en poder de los vencedores.

(161) Estuvo dando asistencia á los heridos mexicanos el jefe de nuestro cuerpo-médico militar D. Pedro Van-der-Linden, y les hizo suministrar auxilios pecuniarios la entonces rica familia de Echeverría, oriunda de Jalapa.

En Perote, de cuya fortaleza era gobernador el general D. Antonio Gaona, se supo la derrota de Cerro-Gordo el 18 en la tarde, á la llegada del extraordinario del general Gómez Palomino pidiendo cábría y carros para desmontar y trasladar allí la artillería de la Hoya. Gaona contestó que iban ya en camino los carros, pero que él salvaba su responsabilidad por el abandono de tal punto. Al amanecer el 19 empezaron á llegar á Perote los dispersos, generales, jefes, oficiales y soldados, y la fuerza de caballería de Canalizo que había pernoctado el 18 en las Vigas. (162) A las tres de la tarde este general ordenó á Gaona que evacuara completamente el castillo en el resto del día. En el expresado fuerte, además de una guarnición de 250 nacionales de Tlapacoya, Jalacingo y Perote y 25 artilleros, había 50 enfermos, unas 30 mujeres de la tropa y 150 presos y sentenciados, algunos de ellos á la última pena. Los enfermos fueron recogidos por el alcalde de Perote, y la plata labrada y los ornamentos de la capilla enviados al cura párroco esa misma tarde. "A las nueve de la noche—dice el autor del "Tributo á la Verdad"—no había en la fortaleza más que cuatro personas y el general Morales; todas las puertas abiertas y ni una luz: tanto movimiento, miedo y confusión en tan pocas horas había cambia-

(162) Aunque Canalizo en su despacho anunció que pernoctaría en la Hoya, parece que gran parte de su gente llegó hasta el pueblo de las Vigas en la citada fecha.

do en un profundo silencio y soledad. Cerca de las once de la noche vinieron á la fortaleza los jefes de ingenieros Robles y Cano y el teniente de zapadores D. Manuel Fuertes, que se acostaron á la luz de la luna en los canapés de la casa del gobernador, porque en el pueblo no había donde hospedarse. Desde la madrugada del día 20 principió á ponerse en marcha el resto del ejército con mulas de carga y carros: á las nueve de la mañana vino á la fortaleza el general D. Antonio Castro con unos 300 dragones que se llevaron el tabaco y naipes que había allí depositados: y mil pesos que en el registro que hicieron halló escondidos un sargento, se los quitó un capitán y se fué con ellos no se sabe adónde.... Los presidiarios, no teniendo quien les impidiera la salida, se fueron todos, llevándose cada uno lo que pudo coger. Los criminales, incluso los sentenciados á la última pena, salieron custodiados por los nacionales de Jalisco, cuyo alcalde, por no tener con qué mantenerlos, los puso en libertad. Quedaron en el pueblo de Perote el general Landero con su familia, el general Durán con su esposa, y el teniente coronel de artillería Velázquez; este último para hacer entrega de la fortaleza, según él mismo nos dijo después. Landero se fué al pueblo de Altotonga, Durán á un pueblo de la Sierra y Velázquez á Puebla.... A las diez del día 20 aún no acababan de salir los restos del ejército de Perote, porque allí, como en el camino, no había más orden ni arreglo de marcha que la voluntad y posibilidad de cada

uno; así es que desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche estuvieron llegando á Tepeyahualco, donde hubo muchas dificultades para encontrar alimento. Desde este punto hasta Nopalúcan se caminó en dispersión, llegando cada uno como podía: en este pueblo alcanzamos á los generales Canalizo, Alcorta, Gaona, Juvera, Arteaga, Zenea y otros, y como cuarenta coroneles, jefes y oficiales." El autor de este relato agrega que en Nopalúcan recibió Canalizo un extraordinario del gobierno para Santa-Anna, cuyo paradero se ignoraba; y que abiertos los pliegos, por creerse que contendrían órdenes relativas al ejército, se halló que no había en ellos sino generalidades y excitativas á la constancia y al patriotismo con motivo de la derrota. También agrega que antes de llegar á Puebla, recibieron, el mismo Canalizo y Gaona, órdenes de Santa-Anna de proteger la fortaleza de Perote el primero, y de ponerla en buen estado de defensa el segundo y sostenerse en ella mientras el general en jefe podía auxiliarle; de todo lo cual se burla el narrador del "Tributo á la Verdad," haciendo notar de paso, que Santa-Anna expidió tales órdenes desde Huatusco ú Orizaba, y sabiendo positivamente que Gaona no tenía pólvora ni para un sólo tiro de cañón. (163)

(163) En su parte fechado en Orizaba el 22 de Abril decía, efectivamente, el general Santa-Anna al gobierno:

"Parece que el enemigo, aprovechando su triunfo y el aturdimiento en que observa á los

El general Worth y su división ocuparon el pueblo y la fortaleza de Perote, á las doce del día 22 de Abril, recibiendo del coronel Velázquez, comisionado de la autoridad mexicana, el armamento y el material de guerra del castillo, consistentes, principalmente, en 66 cañones y morteros de fierro y de bronce de diversos calibres, en buen estado de servicio; 11,167 balas de cañón, 13,325 bombas y granadas de mano, y 500 fusiles, 300 de ellos inservibles. Entre los morteros de bronce, los había de 18 $\frac{3}{4}$, 12, 7 $\frac{1}{2}$ y 7 pulgadas (inglesas); 2,413 de las granadas estaban cargadas; había herramienta y algunos otros útiles y materiales de maestranza, y de todo se formó minucioso inventario que firmaron el repetido coronel Velázquez y los capitanes Hart, del 2o. de artillería, y Lee, de ingenieros.

pueblos, se propone seguir hasta esa capital; pero estoy dictando providencias para organizar aquí una fuerza respetable, sobre la que ya existe al mando del general D. Antonio León, y puede V. E. asegurar al Sr. Presidente sustituto, que con algunos auxilios que reciba de los Estados limítrofes ó del mismo supremo gobierno, podré hostilizar al enemigo por su retaguardia de una manera que le sea sensible, entretanto se logra su destrucción. Ya he librado órdenes al general Canalizo para que con la caballería proteja la fortaleza de Perote, y al general Gaona que la ponga en el mejor estado de defensa, entretanto puedo auxiliarlo."

Asienta Worth en su parte, que los mexicanos, en su retirada hasta allí, no llevaban cañones ni iban en formación, excepto unos 3,000 caballos en el más deplorable estado, al mando de Ampudia: que la infantería, en número como de 2,000 hombres, pasó en pelotones, generalmente sin armas, pues los pocos soldados que llevaban alguna, la daban por dos ó tres reales luego que hallaban comprador: que la derrota y el pánico eran completos, y quedaba libre el camino, siendo posible, pero dudoso, que los fugitivos se detuvieran en Puebla: que había ya reunido á precio cómodo 300 cargas de trigo, y esa noche (el 22), enviaba un destacamento de caballería á la hacienda de Tenestepec á recoger más, en lo cual le ayudaban activamente las autoridades comarcanas, á quienes, en una breve entrevista, instruyó de las miras y de los sentimientos del ejército norte-americano bajo todos respectos: que hallaba gero al prevención contra Santa-Anna, á quien se suponía oculto en los montes: que si Scott tuviera los medios de moverse rápidamente mientras duraba el terror, la retaguardia quedaría asegurada con poquísimas fuerzas: que podría hacerse de mulas en aquellos alrededores para enviarlas á Jalapa ó conservarlas allí: que la fortaleza era capaz de albergar á 2,000 hombres, y tenía vastos almacenes, hospitales y provisión de excelente agua dentro de sus muros: (164) que los generales

(164) La fortaleza de San Carlos de Perote, que domina éxtensísimos llanos al Norte de la montaña del Cofre, fué construida bajo el

Landero y Morales allí confinados con motivo de la capitulación de Veracruz, á la salida de la guarnición mexicana quedaron en libertad de irse adonde les conviniere; sucediendo otro tanto con los prisioneros norteamericanos, algunos de los cuales, pertenecientes al regimiento de la Carolina del Sur, capturados cerca de la expresada plaza de Veracruz, se agregaron á las fuerzas de Worth; por último, que el teniente de marina Rogers, prisionero también, había sido anteriormente remitido á México.

Desde luego hallará el lector la inexactitud de algunas de estas noticias, recordando que la fuerza nuestra de caballería al mando de C-

gobierno del Marqués de Croix en el último tercio del siglo XVIII, cuando, por temor á los ingleses, se trajo artillería gruesa á Ulúa, se aumentaron las fortificaciones de este castillo y de Veracruz, y vinieron algunos regimientos de España. La expresada fortaleza de San Carlos, utilísima como punto de depósito de tropas, víveres y material de guerra para la defensa de la costa de Veracruz, y que también servía de prisión de Estado, fué mandada destruir por el gobierno federal en el período de 1857 á 60; pero, como su demolición habría costado muchos miles de pesos, se contentaron los destructores con quemar ó arrancar las puertas y quitar los techos de teja, permaneciendo hasta hoy abandonada, pero casi intacta en sus muros y bóvedas, aquella gran fábrica.

nalizo—no de Ampudia—no llegaría ni á 2,000 hombres á su tránsito por Perote; y que mal podían ser 2,000 los infantes fugitivos por aquel rumbo, cuando, aparte de los 225 de la guarnición del castillo, sólo podían proceder de la brigada Artcaga, compuesta de 1,000 hombres ántes de desorganizarse; no habiendo tiempo, por lo demás, para que alguna parte de la infantería que capituló en Cerro-Gordo ó se dispersó por los senderos que conducen al río del Plan, pasara por Perote antes del 22 de Abril, cuando, á mayor abundamiento, las fuerzas enemigas ocupaban todo el camino.

Agregaré aquí que Worth, encerrando gran acopio de víveres y municiones de guerra en la fortaleza de San Carlos y guarneciéndola con una fuerza de 300 á 400 hombres para no abandonarla ya durante el resto de la campaña, avanzó hasta Tepeyahualco, pueblo á siete ó siete leguas más acá de Perote, en el camino de este último punto á Puebla, estableciendo un campo atrincherado en dicha localidad. (165)

(165) A la llegada de Quitman á Perote, se movió de allí Worth el 8 de Mayo. La guarnición dejada en el castillo se compuso del 10.º regimiento de Pensylvania y una compañía del 30.º de infantería. Worth trafa consigo además de su división, un mediano tren de sitio, una sección de bomberos de á 12 de la batería de campaña de Wall, y un escuadrón de caballería. Quitman siguió el movimiento de Worth el día 9 con sus dos regimientos res-

Tales fueron los inmediatos resultados de nuestra derrota en Cerro-Gordo combinados con otras circunstancias también aciagas y que dejo indicadas. Lo cierto es que el invasor después de la batalla del 18 de Abril, tuvo abierto el camino hasta Puebla, bien que no ocupara esta ciudad sino en los últimos días de Mayo. Tal facilidad para internarse no ha de haber sorprendido á Scott, quien al dar su primer parte de la batalla, envió á Washington la proclama expedida por Santa-Anna con motivo de la capitulación de Veracruz y en que decía este jefe: "Si el enemigo avanza un paso más, la independencia nacional se hundirá en los abismos del pasado;" llamando Scott la atención de su gobierno sobre tal frase y agregando: "Hemos dado este paso." Parece, pues, que había tomado á lo serio lo que simplemente era una de nuestras acostumbradas hipérboles, y que en opinión suya estaba ya casi consumada la conquista de México.

El mismo Scott dirigió en Jalapa el 11 de Mayo (1847) un manifiesto á los mexicanos, escrito y publicado en castellano, expresando el deseo de la paz, y al mismo tiempo la resolución de proseguir la guerra si no era dable obtener aquella por medio de arreglos satisfactorios.

Tal documento, que terminaba anunciando el próximo avance de las tropas norteameritanas y la segunda sección de la batería de Wall.

ceras sobre Puebla y México, tendía á sembrar la desconfianza contra nuestro gobierno, y respecto del resultado de la defensa, y á ganar simpatías á los invasores pintándolos resueltos á respetar la propiedad particular y la de la Iglesia, la fe religiosa y la libertad civil de los ciudadanos, y á ser, en suma, protectores del pueblo contra las vejaciones y expropiaciones de los partidos y del ejército. (166) Hablando de éste, elogia el valor y la abnegación del soldado que, sin elemento alguna de comodidad, acudía á los campos de batalla sabiendo que, herido, quedaría abandonado á la caridad del vencedor, y, muerto, no logra

(166) "Nosotros, decía Scott, no hemos profanado vuestros templos, ni abusado de vuestras mujeres, ni ocupado vuestra propiedad. Yo decimos con orgullo y lo acreditamos con vuestros mismos obispos y con los curas de Tampico, Tlaxpan, Matamoros, Monterrey, Veracruz y Jalapa; con todos los religiosos y autoridades civiles y vecinos todos de los pueblos que hemos ocupado. Nosotros adoramos al mismo Dios, y una gran parte de nuestro ejército, así como de la población de los Estados Unidos, somos católicos como vosotros: castigamos el delito donde quiera que le hallamos, y premiamos al mérito y á la virtud. El ejército de los Estados Unidos respeta y respetará siempre la propiedad particular de toda clase y la propiedad de la Iglesia mexicana; y ¡desgraciado de aquel que así no lo hiciese donde nosotros estemos!"

ña una miserable sepultura: (167) y criticaba la conducta de los jefes que, colmados de honores y beneficios por la nación, la abandonaban en los momentos en que más necesitaba de sus servicios. A vueltas de razones más ó menos especiosas, conten a grandes verdades el manifiesto, cuyo efecto se vió á poco en la ocupación de la segunda ciudad de la República por el enemigo sin disparar un sólo tiro. Las benévolas y conciliadoras frases de Scott y el buen sentido práctico que dominaba en muchas de ellas, venían formando penoso contraste con las amenazas que para la masa pacífica y trabajadora de nuestra sociedad envolvían estas otras de Santa-Anna dirigidas desde Orizaba al gobierno en su parte relativo á Cerro-Gordo: "No puedo dejar de manifestar á V. E. que estoy admirado de la apatía y egoísmo de nuestros conciudadanos en las actuales circunstancias; y juzgo ya necesario para salvar al país, que los supremos poderes de la nación dicten severas y ejecutivas providencias para que cada uno cumpla con aquellos deberes que la sociedad y las leyes imponen." Para todo lo que no fuera la falanje, innumerable entre nosotros, que ejerce el gobierno y la administración y que aspira á ejercerlos; para todo lo que no fuese esta falanje ó el reducido círculo de ciudadanos ilustrados y patriotas que comprenden y practican los deberes que un país impone á su

(167) Este elogio del soldado mexicano, valiente y sufrido, es muy merecido.—(N. del E.)

hijos; para la gran masa ignorante ó desmoralizada por cuarenta años de guerra civil, y que se compone de agricultores y comerciantes expoliados, de artesanos y obreros sin emulación ni trabajo, cogidos en leva para el servicio de las armas, y de indígenas en la miseria y el aislamiento, considerando á la gente blanca ó mestiza como usurpadora del territorio, el contraste á que me refiero entre la promesa de la ventja de la libertad civil casi nunca disfrutada aquí, y la amenaza de nuevos sacrificios y violencias, tenía que ser favorable á los invasores y que dar sus frutos, como desgraciadamente los dió.

En alguno de mis artículos relativos á la defensa de Veracruz, dije ya que era altamente ercomiada por el jefe enemigo en el documento á que aquí me refiero, y en el cual, atacándose y queriéndose desprestigiar por completo al general Santa-Anna, se dejó consignada una de las pruebas más valiosas de su inculpabilidad, al asentarse por el caudillo mismo de la invasión, que el gobierno de los Estados Unidos se equivocó al franquear á aquel personaje nuestro la entrada á México, con la esperanza de que no hubiera llevado adelante la resistencia.

Hasta aquí, el documento en que me oéupo obedecía al plan general, no inhábil ciertamente, de Scott, que tendía á separar al pueblo mexicano de su gobierno y á infundirle confianza en los invasores; y á cuyo plan concurrían el pacífico comportamiento de las tropas en Jalapa, y las entrevistas del general Worth con las autoridades de Perote.

Por lo demás, en el manifiesto de Scott aparecían más ó menos embozadas, las principales deducciones y aplicaciones de la Doctrina de Monroe sintetizada en la frase "América para los americanos," y que cada día se va haciendo más sustanciosa y significativa. Ya el presidente Polk la había invocado en sus discursos, hablando de México, y, posteriormente, en el de 7 de Diciembre de 1,847, tratándolo de lo mucho que convendría á los Estados Unidos anexarse la California invadida, aigó el temor de que en caso contrario viniera á convertirse en colonia europea ó en Estado independiente, pero debil y sometido á algún protectorado extranjero. Discurriendo en el mismo mensaje acerca de la eventualidad de que la paz no se ajustara con algún gobierno liberal mexicano sólidamente establecido bajo la influencia norte-americana, y de que nuestro país, por el temor de nuevas revoluciones y de la continuación del desorden y la anarquía, á la retirada de los invasores se echara en brazos de algún monarca europeo que le protegiera, avanzó á decir: "Esto, por nuestra propia seguridad y en la prosecución de nuestra adoptada política, nos veríamos obligados á resistirlo. Nunca podríamos consentir que México se convirtiera así en monarquía gobernada por un príncipe extranjero." Por ahora y antes de tan autorizadas y concluyentes declaraciones, hablando de los esfuerzos del gabinete de Washington para arreglar la cuestión de Texas con la administración del general Herrera derrocada en 1,845 y sustitui-

da por la de Paredes, se expresaba Scott en estos términos: "El nuevo gobierno desconoció los intereses nacionales, así como los continentales americanos, y eligió, además, las influencias extrañas más opuestas á estos intereses y más funestas para el porvenir de la libertad mexicana y del sistema republicano "que los Estados Unidos tienen el deber de conservar" y proteger. El deber, el honor y el propio decoro nos pusieron en la necesidad de no perder un tiempo que violentaban los hombres del partido monárquico, porque era preciso no desperdiciar momento; y obramos con la actividad y decisión necesarias en casos tan urgentes, para evitar así "la complicación de intereses" que podría hacer más difícil y comprometida nuestra situación." Que es como si dijera en lenguaje claro y sencillo, que la elevación del partido monárquico al gobierno de México fué la causa principal de la guerra, y que los Estados Unidos se apresuraron á hacérsola mientras estábamos solos y para no tener que medir más tarde sus armas con las nuestras y las de Europa. Pero continuemos con el manifiesto. "Lo pasado, agregaba, no puede ya remediarse; pero lo futuro puede precaverse todavía; repetidas veces os he manifestado que el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos desean la paz, desean vuestra sincera amistad. Abandonad, pues, rancias preocupaciones; dejad de ser el juguete de la ambición particular, y conducíos como una gran nación americana: dejad de una vez esos hábitos de colonos y sabed ser verdaderamen-

te libres y verdaderamente republicanos, y muy pronto podéis ser muy ricos y felices, pues tenéis todos los elementos para serlo; mas pensad que sois americanos y "que no ha de venir de Europa vuestra felicidad."

No entra en el plan ni en el género de estos estudios examinar hasta dónde pueda ser satisfactorio ó mortificante para un pueblo el goce de una felicidad determinada, impuesta por un vecino fuerte y resuelto. Pero es, sí, curioso hoy, después de tantos y tan graves sucesos, exhumar y examinar las manifestaciones de la política norte-americana hace treinta años, y ver cómo se ligaron y continuaron con el espíritu y las frases mismas de las notas de Seward en 1864 y 65; y curioso y triste es también advertir que, después de casi un tercio de siglo y de los acontecimientos de que nuestra nación ha sido teatro, el papel de los Estados Unidos respecto de México, no sólo es hoy el mismo que entonces, sino que se halla libre del contrapeso que en aquella época pudieran oponerle las esperanzas cifradas en la política europea como protectora de la nacionalidad mexicana, y el temor, ó, cuando menos, la medida que la expectativa de la acción del Antiguo Continente en los asuntos del Nuevo inspiraba á los sostenedores del "Destino manifiesto." En efecto, lo que alarmaba hace catorce años á nuestros vecinos, (168) desapareció para siempre; pero la Doctrina de Monroe, no aplicable ya contra ejércitos ni ti-

(168) Este capítulo fué escrito en 1,879.

nos, comienza á ser invocada contra el comercio europeo en México y hasta contra la empresa de comunicación interoceánica de Lesseps, sin duda á causa de lo que uno y otra puedan tener de monárquico. Un notable escritor de la escuela positivista—radicalmente opuesta á la que sigo, si bien suelen una y otra concordar en el sentido práctico de ciertas apreciaciones políticas—acaba de hacer notar cuerda y donosamente, que la frase sacramental "América para los americanos" no tiene otra significación directa y genuina que la de "América para los Estados Unidos," lo cual explica todo. (169) Si las rivalidades y los intereses creados por la guerra separatista han hasta aquí impedido que el coloso siga exten-

(169) En apoyo de la verdad de lo dicho, hay que recordar que en el país vecino no se da el nombre de "americanos" sino á sus propios habitantes: casi todos los hijos de la América española son denominados allí "españoles," ó "mexicanos," "peruanos," "cubanos," etc. Y por efecto de una costumbre que pudiéramos calificar de fatal, en los mismos pueblos hispano-americanos y especialmente en el nuestro, por más americanos que sean los hijos y los productos de todo el Nuevo Continente, no se designa ya por "americano" sino lo que pertenece á los Estados Unidos. Antes se decía ciudadano "norte-americano," algodón "norte-americano," etc.; hoy se dice ciudadano "americano," algodón "americano," sin que esto produzca error ó simple duda.

diéndose hacia el Sur á costa nuestra, ¿quién— á no contar con la intervención favorable de la Providencia—podrá pensar con ánimo sereno en el porvenir de México? (170)

(170) Generalmente se ha dicho y creído que el manifiesto de Scott fué escrito por alguno de los mexicanos más opuestos á la administración de Santa-Anna ó pertenecientes al partido anexionista que empezaba á formarse aquí. Lo cierto es que, habiendo aparecido bajo la firma del jefe del ejército invasor las alusiones é indicaciones aquí citadas en aplicación de la Doctrina de Monroe, su responsabilidad pesa directa é indudablemente sobre el gobierno á quien Scott representaba en México; y el cual, en lo privado, no llevó á bien que el expresado comandante en jefe se hubiera engolfado en tales honduras, como lo manifestó el secretario de la Guerra Mr. Marcy al mismo Scott en alguno de sus despachos ó cartas particulares. De luego á luego resultaba que mientras el ejecutivo de los Estados Unidos siempre alegó por causa única de la guerra la resistencia de México á satisfacer sus reclamaciones y á arreglar la cuestión de límites en los términos que pretendían nuestros vecinos, Scott dejó entender en su manifiesto que el principal fin de las hostilidades fué acabar con la preponderancia del partido monárquico que, erigido en gobierno, trataba de destruir la forma republicana en nuestro país.

XX

JALAPA.

Usos y costumbres del invasor.—Las guerrillas en el Estado de Veracruz.—Convoyes del general Cadwalader y del mayor Lally.—Fusilamiento de Alcalde y Garcia.

Hemos dejado en Perote y Tepeyahualco la vanguardia del invasor, cuyo cuartel general, antes de terminar el mes de Mayo de 1847, quedó en Puebla, sirviéndole esta ciudad de base y punto de partida para la invasión del Valle de México.

Préviamente al examen de esta última faz de la guerra, y á fin de expeditar el camino que nos falta que recorrer, me propongo en el presente capítulo dar un vistazo al porte de los norte-americanos en Jalapa y á los principales hechos de las guerrillas en el Estado de Veracruz; y en el capítulo siguiente hablaré de la entrada y permanencia del enemigo en la ciudad de Puebla, y de algunas de sus correrías en el Estado del mismo nombre. De este modo podremos más desembarazadamente llegar á sus últimas operaciones militares en el corazón del país, y seguirlas sin interrumpir su narración ni estar saltando de un punto á otro, lo cual causa fatiga y confusión al narrador y á sus lectores.

Queda asentado que el aspecto de Jalapa en